

LOS MUCHACHOS



NÚM. 220. SEMANARIO CON REGALOS 15 Cént.

EL CASTILLO, S. A.

Mayor, 31. Madrid.



GRAN FABRICA DE JUGUETES

Centenares de modelos en muñecas, animales de piel, soldados de plomo, etc., etc.

Novedades constantemente. Visidad nuestra exposición de muestras.



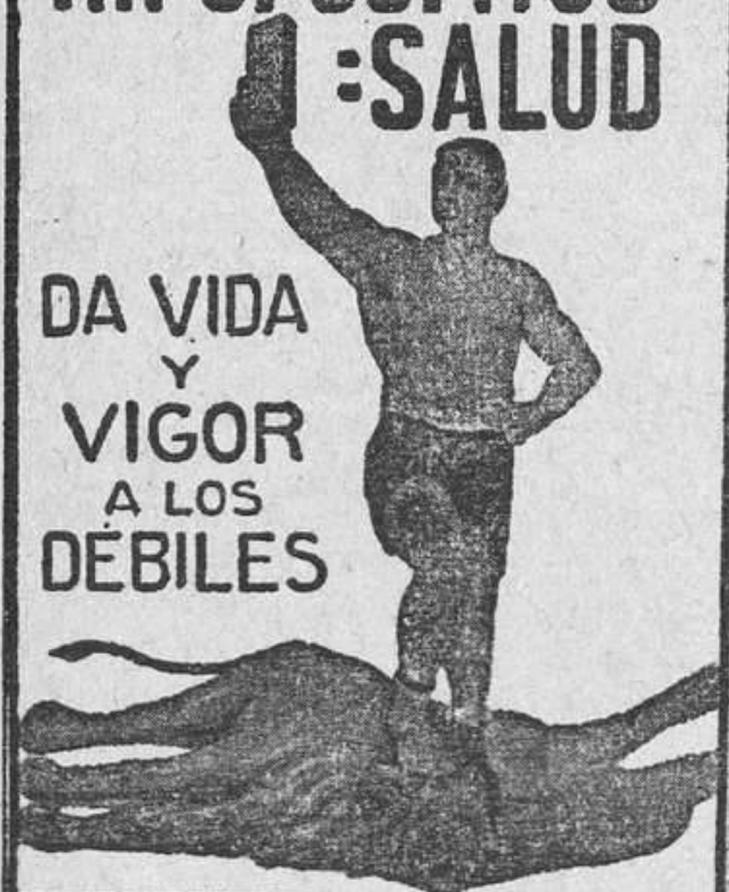
Tapas para encuadernar **LOS MUCHACHOS**

Son de tela roja con letras de oro. Precio: una peseta las de cada tomo. De venta en la Administración, Martín de los Heros, 65, Madrid.

Nuestros talleres se encargan de la encuadernación de los tomos al precio da una peseta cada uno. Los de provincias pueden mandar su importe, más 0,25 para certificado, en Giro Postal o letra de fácil cobro.

HIPOFOSFITOS: = SALUD

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DÉBILES



AL COMPRAR EL FRASCO PEARSE SI CON TINTA ROJA SE LEE HIPOFOSFITOS SALUD.-EN LA ARGENTINA PIDASE HIPOFOSALUD

PIANOS

GAVEAU, PLEYEL, A. BORD
CONCERTAL, etc., al contado y
plazos, desde 25 pesetas. Pianos
verdadera ocasión, garantizados
desde 400 pesetas. Alquileres desde
10 pesetas. Afinaciones, compras,
cambio y reparaciones. **AUTO-
PIANOS**

R. ALONSO

22, Valverde, 22.

MADRID

LOS MUCHACHOS

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN

Madrid: Martín de los Heros, 65.—Teléfono J-939.—Apartado 216.

SUSCRIPCIÓN. { ESPAÑA... Semestre, 3,75 pesetas.
EXTRANJERO. 6

AÑO V

DOMINGO 28 DE JULIO DE 1918

NÚM. 220



FLOR DEL CIELO

CUENTO ORIENTAL (Conclusión).

perfumes embriagadores de las rosas y de los jazmines flotaban en el aire en calma.

Jacinto avanzó radiante en aquel cuadro digno de su belleza bajo la claridad azul de la luna.

Un ligero ruido llegó a sus oídos. Apartó suavemente las ramas y puesto de rodillas, miró... ¡Oh, inolvidable y radiante visión!... Flor del Cielo estaba allí a pocos pasos de él.

Ante tan mágica aparición, Jacinto de-

jó escapar un leve grito de admiración.

La princesa con los hombros descubiertos bajo los cabellos de oro, vestía un traje ténue de matiz tan delicado que se hubiera dicho tejido con los rayos de la luna.

Parecía absorta en la recolección de flores de jazmín que esparcía sonriendo sobre su esplendorosa cabellera.

Al sentir el grito lanzado por Jacinto, separó bruscamente las ramas y con aire

tímido, pero con voz breve e imperiosa, preguntó al joven que seguía de rodillas y con los ojos en éxtasis:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué haces aquí? ¡Habla!

La luna envolvía al príncipe con su luz más pura. Los ruiseñores modulaban en los grandes cipreses negros, sus más dulces cánticos al murmullo acariciador del agua.

El éxtasis de Jacinto se prolongaba silencioso, mientras se aplacaba la tempestad que reinaba en el corazón de Flor del Cielo y mientras sus grandes ojos azules se iluminaban con suave claridad...

—¡Hab'a!—volvió a decir, pero con voz acariciadora— ¡Habla! ¡Me parece que ya te conozco!

—Soy Jacinto, hijo del sultán de Zorahia, la ciudad blanca y rosa, la ciudad lejana. Hace largos meses que corro a través de toda especie de peligros para acercarme a Flor del Cielo, cuya reputación de belleza y de bondad ha llegado hasta mí. Si puedo ser su esposo, mi alma será esclava suya, pero si Flor del Cielo me rechaza, no me queda más que morir...

—¿Posees, al fin, la diadema de mi madre la sultana?—preguntó Flor del Cielo, trémula de emoción.

—¡Ay de mí!—respondió Jacinto—No poseo más que la voluntad de conquistarla. Pero estoy resuelto a desafiar todos los peligros para arrancarla al monstruo que la guarda y para venir a depositarla a vuestros pies.

—¡Ojalá lo consigas! — dijo Flor del Cielo, con voz dulce como un murmullo y cada vez más trémula.—¡Ojalá puedas penetrar en el reino de Oto y poner los pies en la terrible montaña de las Rosas!

Estas fueron sus palabras de despedida. Apenas pronunciadas desapareció como una ténue sombra por una calle de flores.

Embriagado de felicidad, Jacinto corrió a su kiosco, se puso el traje de trabajar y saliendo furtivamente del palacio se dirigió con rápido paso a la morada del viejo Ganem.

Después de haber pasado una noche en casa de Ganem, Jacinto se despidió de su anciano amigo y montado en su fiel y fo-

goso caballo Kaleb, emprendió un rápido galope en busca de la diadema de la sultana Zeilah.

Durante largos días cabalgó a través de países desconocidos de los cuales no tenía la menor idea.

Eran selvas maravillosas de flores gigantes, llenas de pájaros de esplendoroso plumaje, inmensas llanuras doradas, cadenas de montañas, unas cubiertas de verdor, otras de nieve, entre las cuales la mirada del príncipe buscaba en vano la Montaña de las Rosas.

Un día llegó el viajero a orillas de un lago.

Las aguas estaban serenas y transparentes y los bellos árboles que las servían de marco se reflejaban en ellas con tal placidez que Jacinto, sonriente, echó a nadar su caballo.

Al principio todo marchó bien, y el caballo satisfecho de sentir la frescura bienhechora de las aguas después de haber soportado tan largas fatigas, lanzaba ligeros relinchos, cuyo eco era el único sonido que turbaba el profundo e inquietante silencio que envolvía a la naturaleza entera.

Erguido sobre su caballo con los ojos fijos en la orilla, Jacinto vió una enorme montaña de llamas que bordeaba el horizonte.

De pronto cuando el jinete se hallaba en el centro del lago, rasgó el aire una especie de carcajada estridente a la que respondió el relincho doloroso de Kaleb y bruscamente caballo y jinete fueron asidos por las garras y los tentáculos de horribles monstruos que los arrastraban a las profundidades del lago.

Rápidamente descendían a los abismos, y Jacinto sentía ya cercana la muerte cuando se acordó del anillo de hierro que le había entregado la vieja Maimuna.

¡Oh, prodigio! Apenas se hubo puesto en el dedo el anillo encantado, Kaleb escapaba rápidamente del lago, del que salían gritos de cólera y rabia y de un sólo brinco franqueaba la muralla de llamas y depositaba el jinete triunfante al pie de una montaña cubierta de rosas.

Alzabase ante él tan alta, que su cima se perdía en las nubes. La inmensa alfombra de flores exhalaba un perfume embriagador y parecía que sonaba un extraño rumor profundo como el ruido del mar lejano.

Persuadido de que Maimuna no le abandonaría se disponía a internarse con el caballo en el bosque de rosas cuando observó con terror que le había desaparecido el anillo de hierro que llevaba en el dedo. Al mismo tiempo una voz terrible le apostrofaba así:

—¡Temerario extranjero! ¿qué haces en estos lugares? ¡Responde antes de morir!

Y apareció ante él el gigante Oto, frunciendo el entrecejo y esgrimiendo un hacha.

—Para ser digno de casarme con Flor del Cielo vengo a arrancar de tu poder maldito la diadema de la sultana Zeilah—replicó altivamente el príncipe desenvainando la espada.

—Envaina tu endeble espada, pobre presuntuoso—repuso Oto lanzando una carcajada.—Ve a conquistar la diadema mientras yo me siento en una cercana colina para presenciar con el más vivo interés tu heroica expedición. Me gustan los valientes y la admiración real que me causas —añadió el gigante con ironía—no tendrá límites si con tu valerosa espada puedes parar los golpes de los millones de abejas de picadura ponzoñosa y mortal que se escaparán de los cálices de las flores en cuanto hayas tropezado un rosal de la montaña.

—Ahora si que estoy perdido—pensó Jacinto, y como a través de un velo de luto vió a Flor del Cielo que le dirigía una triste y postrera sonrisa.

Ya se dirigía a caballo, con la frente inclinada, hacia la montaña de las rosas, cuyo enorme murmullo se tornaba cada vez más amenazador y lúgubre como un funeral, cuando en la angustia que embargaba su alma se acordó de cuatro clavos de oro que le había entregado la vieja Maimuna.

Rápidamente clavó uno en cada una de las herraduras de su caballo y volviendo a montarse, excitó con la voz a su fiel y valeroso compañero.

Y entonces se realizó el mismo prodigio que al ponerse el anillo de hierro.

Kaleb se elevó en los aires, mientras que el gigante, estupefacto ante el milagro y después ébrio de ira, lanzaba aullidos de cólera que resonaban en todo el campo, excitando contra Jacinto a las abejas bruscamente despertadas.

Pero Kaleb y su jinete desaparecieron en el azul del cielo, lejos de los amenazas

del furioso gigante y de los ataques de los pérfidos insectos.

La diadema real, resplandeciente como un sol, se hallaba en la cumbre más elevada de la montaña. Con rápido vuelo, Kaleb, hábilmente guiado se dirigió al maravilloso tesoro, que Jacinto cogió al pasar lanzando una exclamación de triunfo.

Con la diadema en una mano, como un radiante trofeo, y en la otra las bridas del caballo que parecía volar con alas invisibles, tomó el camino de Musul.

La ciudad de Musul está de fiesta. En las calles y en sus plazas, llenas de arcos triunfantes y decorados con tapices todo es ruido y canciones.

Llegan príncipes a centenares de los países más remotos, de las provincias más lejanas, vestidos todos con ricos trajes, y todos jóvenes, todos arrogantes.

Los palaciegos de servicio con resplandecientes uniformes, los llevan por la monumental escalera y luego por un dédalo de galerías suntuosas, y vastas y ricas cámaras, al salón del trono.

Cuando se presentó Jacinto cuyos grandes ojos negros rebosantes de contento, hacían palidecer el brillo de las perlas y los diamantes de su cabellera, se produjo un murmullo de admiración entre los presentes.

Apenas hubo ocupado su puesto en el salón del trono, entre sus rivales, visiblemente turbados por su triunfal entrada, dos esclavos negros, de gigantesca estatura y vestidos con corazas de plata, alzaron un pesado cortinón de brocado de oro en que estaban bordadas con perlas enormes las armas del sultán de Musul, el cual apareció llevando de la mano a Flor del Cielo toda radiante de juventud y belleza. Adornaba su cuello el famoso collar rojo de seis hileras de rubíes que debía entregar por su propia mano al príncipe que la trajese la diadema de su madre la sultana Zeilah.

Seguido de toda la corte, el sultán de Musul y su hija se dirigieron lentamente hacia los dos tronos y en medio de un profundo silencio dió comienzo la ceremonia de la presentación.

Hubo un largo desfile de guapos mozos, espléndidamente vestidos, todos hi-

jos de soberanos poderosísimos, y que en su presuntuosa vanidad, se imaginaban que bastaba su presencia para triunfar.

Por fin llegó el turno a Jacinto y avanzó hacia el trono y de las filas de los presentes se alzó un nuevo murmullo de admiración cuando con soberana majestad dobló la rodilla ante Flor del Cielo, depositando al mismo tiempo a sus pies la famosa diadema que llevaba oculta bajo los pliegues de su espléndida capa.

Las mejillas de la princesa de ordinario tan pálidas, se tiñeron de un vivo carmín y en sus labios entreabiertos flotó una sonrisa de alegría mientras que todos los circunstantes sentían el escalofrío de la emoción.

Pero en seguida retumbaron en las bóvedas de palacio los gritos de triunfo y el toque de las trompetas, cuando Flor del Cielo, con elegante ademán se quitó el collar rojo de seis sartas de rubíes y se lo entregaba al hijo del sultán de Zorahia, al arrogante y valeroso príncipe Jacinto que permanecía de rodillas y extasiado ante el trono, como el día que conoció a Flor del Cielo en el bosque de

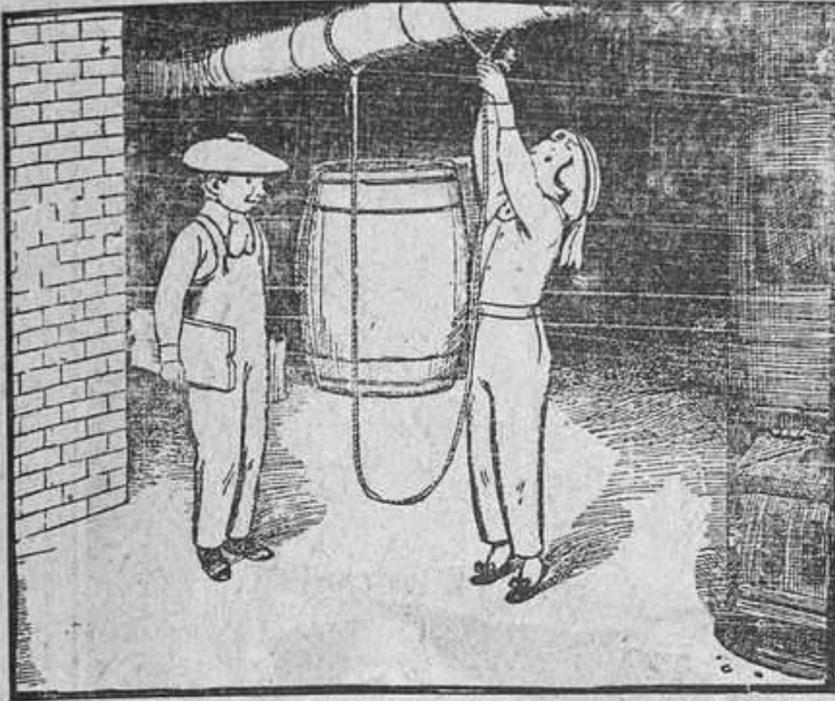
jazmines. Y los clamores triunfales, los ruidos de la fiesta y los gritos de regocijo llenaron la ciudad entera, franquearon la puerta donde se balanceaban las cabezas de los infortunados pretendientes, y volando sobre las flores del llano llegaron hasta la pobre cabaña del viejo Ganem.

La boda de Flor del Cielo y Jacinto fué celebrada con gran pompa. El príncipe logró que se perdonase la vida a sus desgraciados rivales, y éstos agradecidos quisieron figurar en el cortejo nupcial con sus mejores trajes de fiesta.

Flor del Cielo ignoró siempre las sangrientas ejecuciones de que había sido ella la causa inocente y no llegó a ver los terribles trofeos de la puerta maldita, que gracias a los cuidados del príncipe Jacinto quedó engalanada con guirnaldas de rosas y jazmines, de tal suerte que parecía un maravilloso arco de triunfo, elevado por una primavera eterna al Amor y a la Belleza.



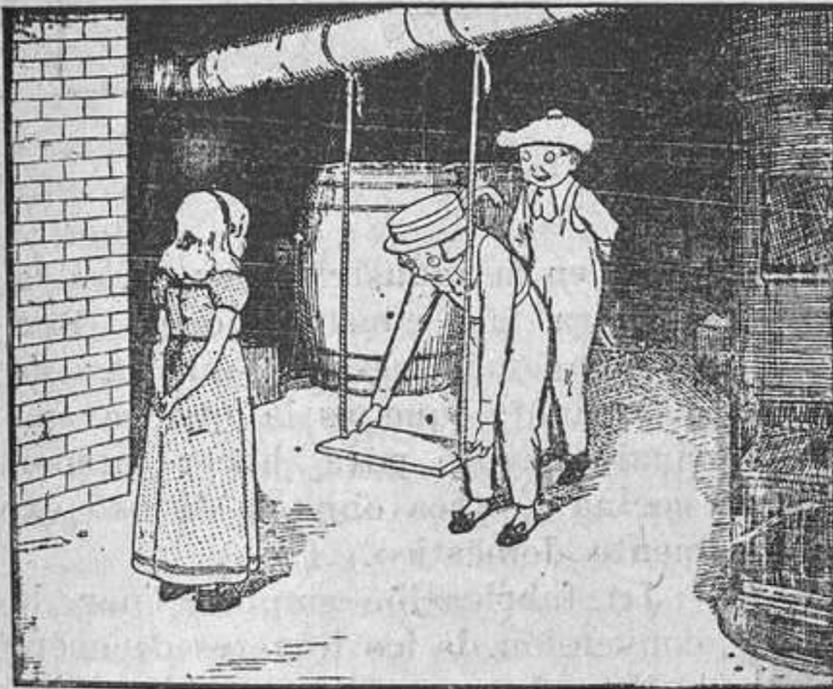
Hay que tomar precauciones :-: Para ciertas diversiones



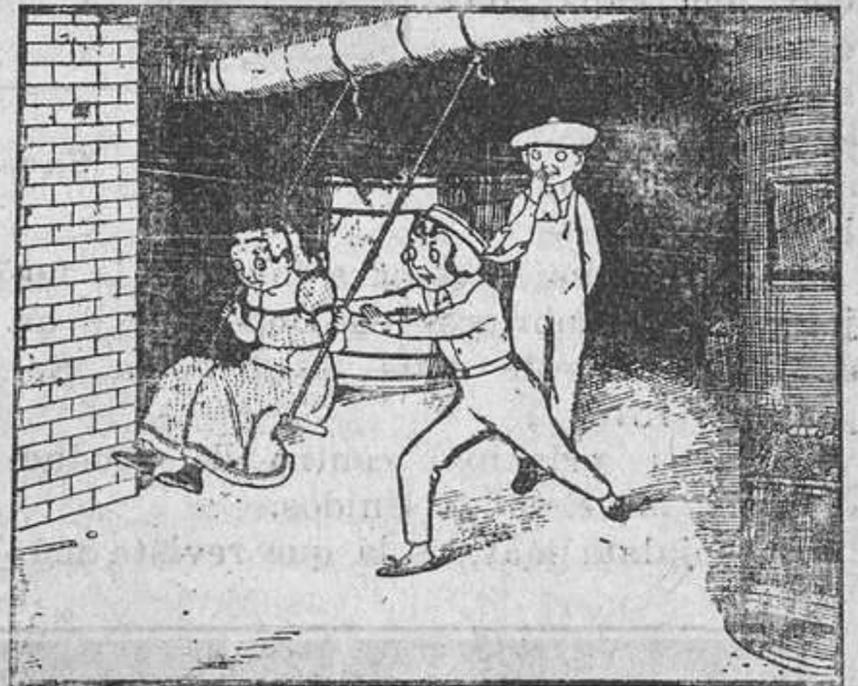
Un columpio he preparado



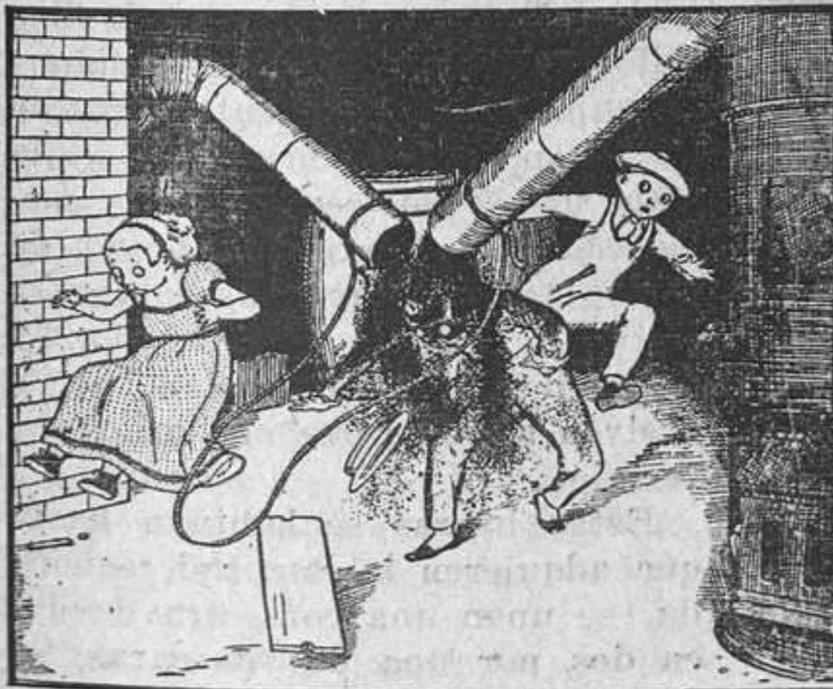
Señorita, ¿gusta usted?



Súbase, ya lo he probado



Más fuerte, más fuerte dé.



Pero se rompe el sostén



Y uno va hecho una sartén.

Peter Newell (Copyright, 1901, by Peter Newell.)

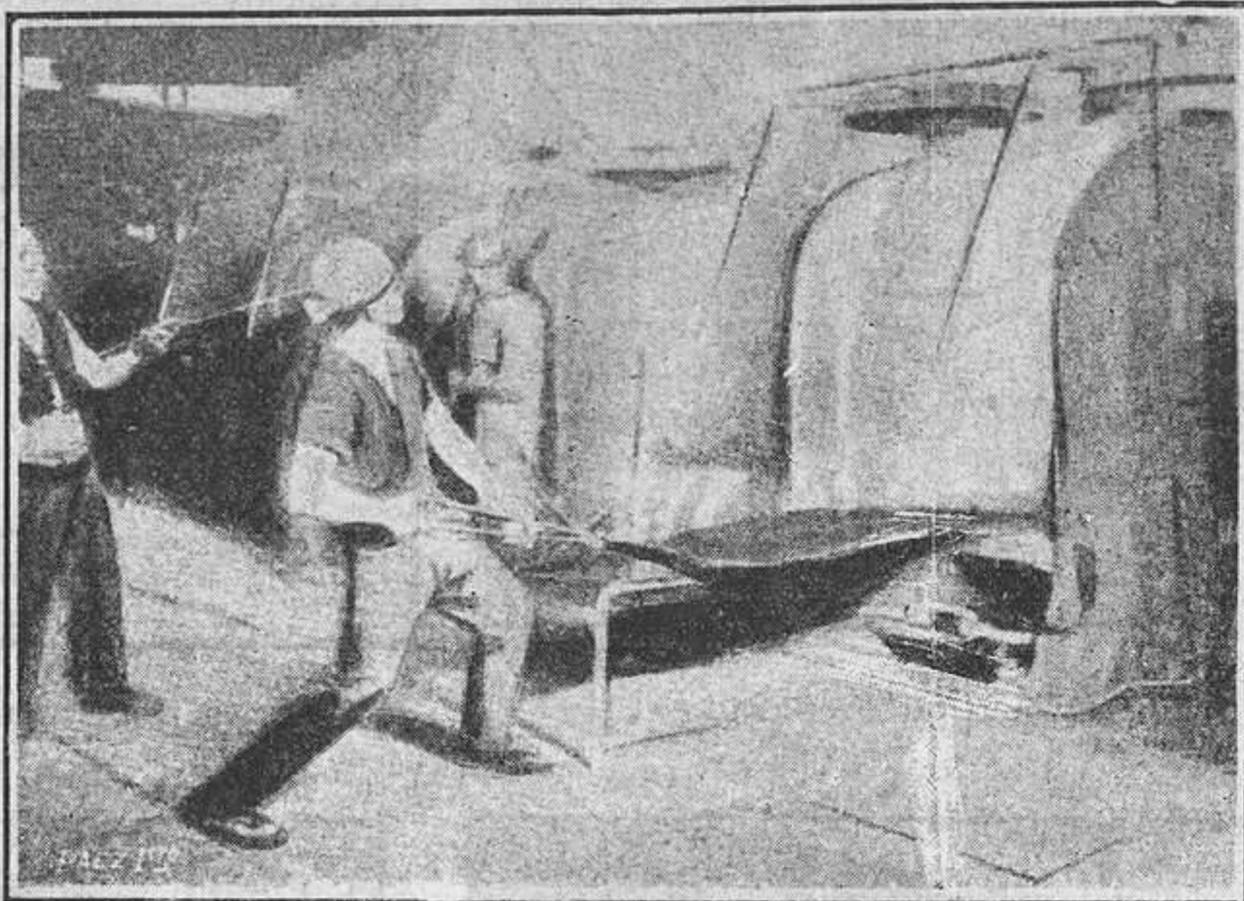
CÓMO SE HACE LA HOJALATA

Las hojas de hojalata no son otra cosa que láminas de hierro o de acero recubiertas de estaño, en cuyo caso reciben el nombre de *hojalata brillante*, o de estaño y plomo, y entonces se llama *hojalata mate*. La afinidad del hierro y el oxígeno produce orín, y de ahí la necesidad de cubrir al primero con una capa de estaño, que es un metal al que atacan muy poco el aire y los ácidos débiles.

Los procedimientos para fabricar la hojalata se descubrieron en Bohemia, y un sacerdote de este país los llevó a Sajonia en 1610.

Hoy su principal centro de producción son los Estados Unidos.

La hojalata mate es la que reviste más

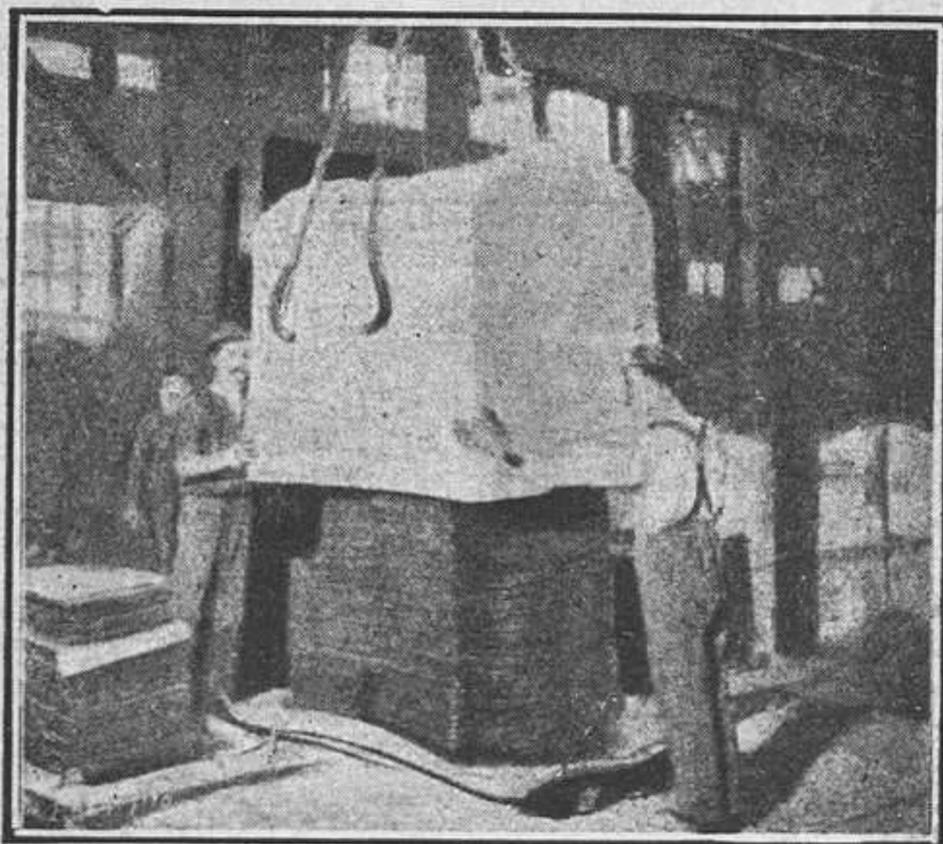


Sacando una hoja del laminador.

importancia en la industria, porque es la que usa para las construcciones. Son estas planchas más pesadas que las de hojalata brillante, que es la que se emplea principalmente para hacer utensilios de cocina y otros objetos de uso exclusivamente doméstico.

La fabricación empieza por la conversión de los lingotes de acero o hierros en palastro o *hierro negro*. Para esto, se meten en un horno y se les somete a un calor de soldar. Entonces se forma con ellos rollos acanalados en barras planas de quince a treinta centímetros de ancho, por un grueso que oscila entre uno y dos centímetros y medio, según el tamaño que hayan de tener las planchas. Las barras se cortan al tamaño aproximado del ancho de las futuras planchas, y vuelven a calentarse en hornos especiales.

Estas barras se laminan hasta que adquieren la longitud requerida, se unen una con otra de dos en dos por una de sus caras, se meten en otro horno, y después de un segundo caldeo se vuelven a la-



Tapando una capa de las que sirven para el destemple.



Enfriando las hojas al salir del horno de destemple.

minar, se llevan de nuevo al horno, y todavía al sacarlas hay que repetir la operación del laminado.

Los montones de hojas se vuelven a calentar y a laminar hasta que adquieren el tamaño deseado, cortando los bordes o barbas con cizallas o tijeras mecánicas, y se reparte el montón en otros varios más pequeños.

Separadas las planchas, pasan al salón de desoxidar, donde se las limpia de las escamas que se les forman en el caldeo y en el laminado, y quedan dispuestas para entrar en las calderas de los baños.

Las diversas operaciones que sufren en el desoxidado y limpiado les hacen perder cerca de 4 por 100 de peso.

La primera operación de este género consiste en sumergir las planchas "negras" en ácido sulfúrico diluído, y después de sacarlas lavarlas con agua. Para esto hay máquinas muy ingeniosas, que mueven por medio de fuerza hidráulica o de vapor unos bastidores con ranuras, donde van colocadas las planchas, para que el líquido no esté en reposo y las ataque bien por todas partes.

De las tinas del ácido, sin sacarlas del bastidor donde están colocadas, pasan a las tinas de agua sin necesidad de tocarlas. Las máquinas también se encargan de agitar el líquido.

Tras de estos dos baños se les da el primer destemple, que consiste en calentar y enfriar la hoja

por igual para que adquiera resistencia uniforme. Para esta operación se ponen dentro de unas cajas de hierro, y en ellas penetran en los hornos, que conservan el calor rojo hasta que están completamente destempladas. las cajas de hierro, con su contenido, se sacan del horno, y sin destaparlas se ponen a enfriar.

Viene luego el laminado en frío. Como su nombre indica, las planchas pasan por un lamina-

dor sin calentar. La operación tiene por objeto el que las superficies adquieran mayor tersura y pulimento.

De este departamento vuelven a los hornos de destemple, en los que se las somete a una temperatura no tan elevada como antes. De aquí entran de nuevo en el baño de ácido, en disolución también más débil.

Al llegar a este punto, las hojas están preparadas para recibir el baño de estaño. Mientras llega la hora de la operación, se tienen dentro de agua clara para evitar la reoxidación.

Hay dos sistemas para hacer hojalata: el procedimiento por el ácido y el del aceite de palmera. El primero es el que



Bruñidores de hojalata.

más se usa ahora; el otro es el primitivo. Las planchas se freían materialmente durante veinte o veinticinco minutos para quitarlas por completo hasta la menor partícula de agua o ácido.

En el procedimiento del ácido se usa muriato de cinc en lugar de aceite, y basta un solo baño para efectuar la operación del revestido de estaño de la hoja.

La acción del muriato de cinc es muy enérgica, y por eso con una pequeña cantidad se evapora el agua o el ácido adherido a las hojas negras. El muriato forma una delgada capa en la superficie del estaño fundido. Las hojas se van pasando por éste por medio de rodillos y guías, que las trasladan de un punto de la caldera a otro, cuya superficie está cubierta de aceite.

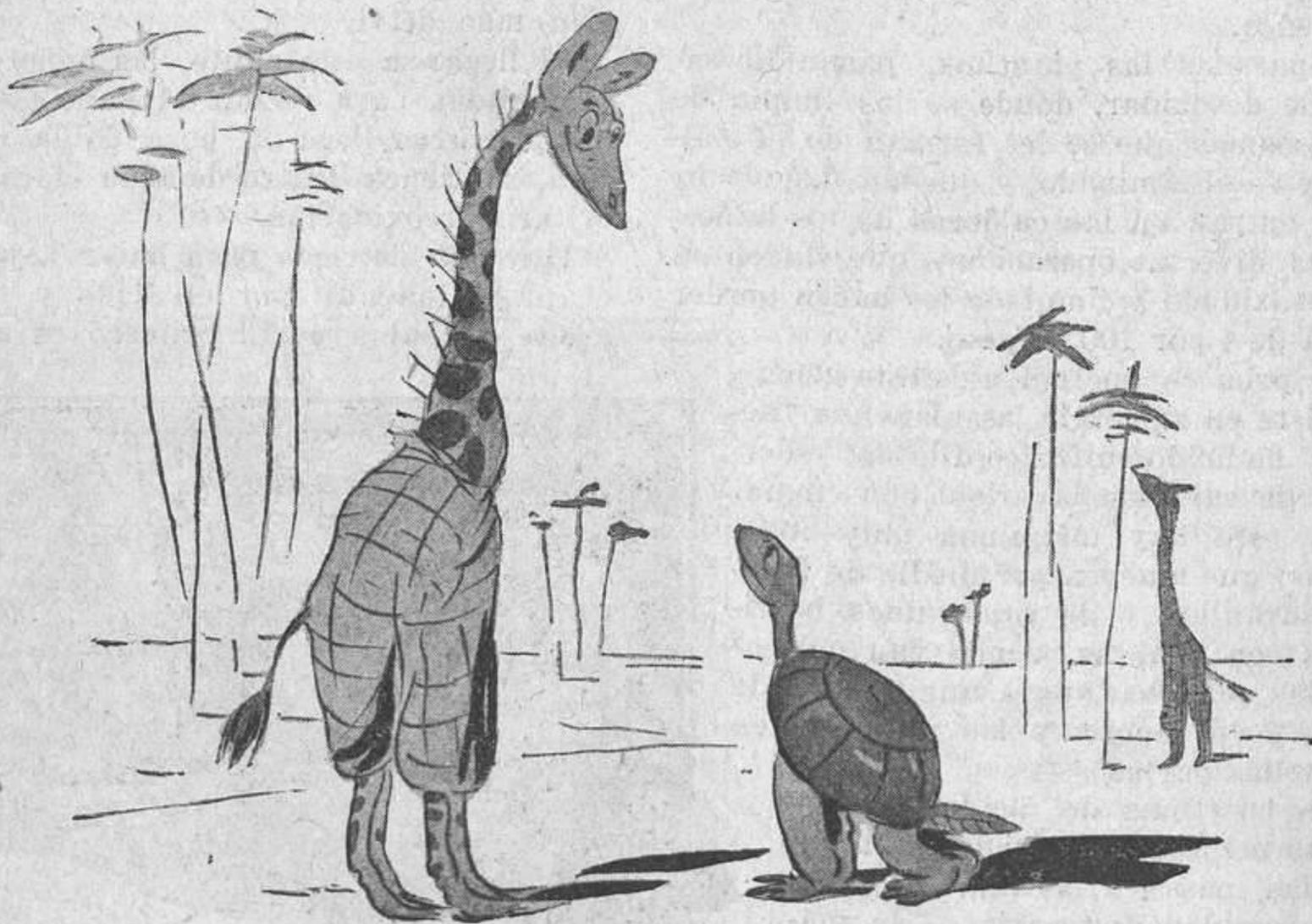
Con el procedimiento del ácido basta, como se ve, una caldera para efectuar las mismas operaciones que con el pro-

cedimiento antiguo requeríanse cuatro.

El espesor de la capa de estaño se gradúa por medio de la velocidad con que las hojas van pasando por el baño metálico. El cálculo es muy exacto, y se sabe perfectamente la cantidad de metal que ha de adherirse a la hoja.

Algunas especies de hojalata se charolan o pintan con una pintura especial, y otras se esmaltan. Estas, después de laminadas y antes de revestirlas de estaño, se someten a un baño de algún metal no corrosivo, como la plata, el aluminio, el níquel o el cobalto, que cierra herméticamente los poros y asegura una limpieza absoluta. El esmalte se hace fluir con violencia sobre el artículo, y se quema luego en una mufia de muchos cientos de grados de calor.

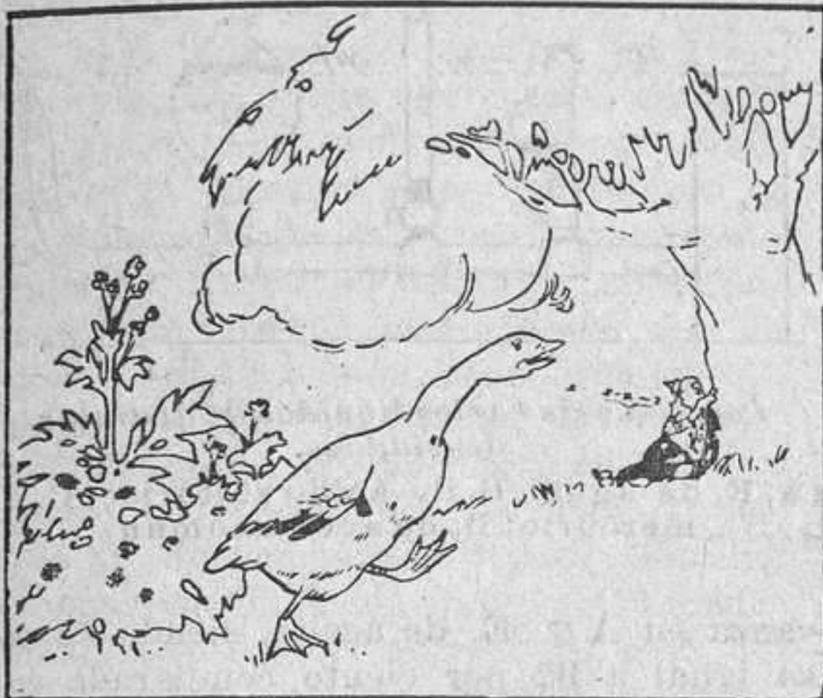
Para esta operación se requieren los conocimientos de un químico experto y el arte de un mecánico.



Don Jirafa.—Nuestro país está haciendo grandes progresos, ¿verdad, don Tortuga?

Don Tortuga.—Sí, pero las subsistencias están tan elevadas que solo pueden comer las jirafas.

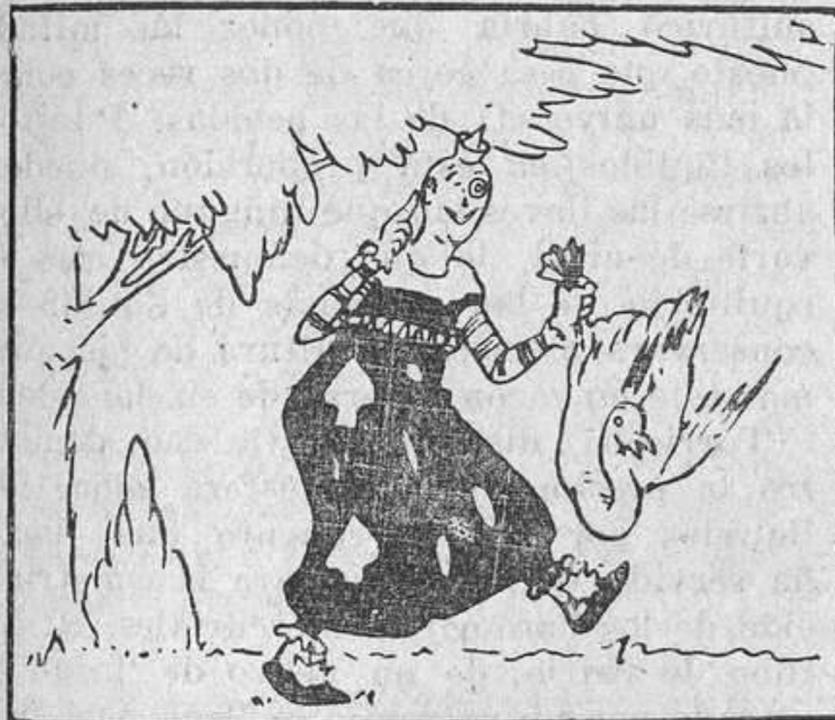
Un payaso dormilón Tiene una gran invención



Un ganso empieza a graznar



No me deja descansar.



¡Ah granuja, ya has caído!



¡Vaya una bestia, bandido!



Ahora te dejaré mudo

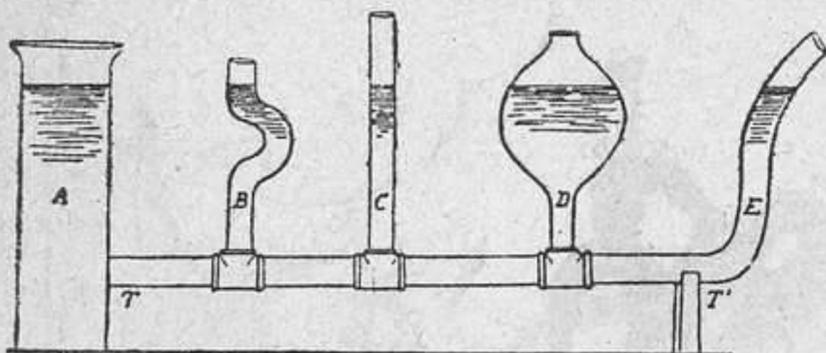


Grazna ahora con ese nudo.

El peso de la atmósfera y los líquidos

Cuando se ponen en comunicación dos vasijas, cualquiera que sea el tamaño y forma de las mismas, siempre que contengan un mismo líquido, o líquidos de la misma densidad, éstos alcanzarán el mismo nivel en ambas vasijas. Esta ley, que en física se conoce con el nombre de "ley de los vasos comunicantes", da lugar a una porción de curiosos experimentos y explica un sin fin de singulares fenómenos, explicándose a su vez por la presión del aire atmosférico sobre la superficie del líquido en ambas vasijas.

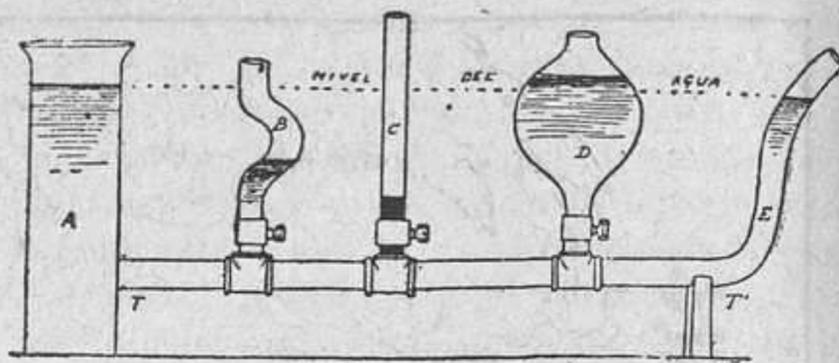
Si en vez de dos de éstas empleamos tres o cuatro, como se ve en el primer grabado, el resultado será el mismo; el líquido alcanzará en todas el mismo nivel. Pero si en las diferentes vasijas se echan líquidos de distintas densidades,



Columnas de agua de distinta forma al mismo nivel.

quedará roto el equilibrio; el líquido más pesado, sumando su peso a la presión atmosférica, empujará la columna de líquido más ligero y la obligará a ascender en las otras vasijas.

El segundo grabado nos demuestra el mismo aparato, pero con una llave al pie de las vasijas B, C y D. Cerradas estas llaves, se llenan A y E, así como el tubo de comunicación, con agua. Si entonces se abren las llaves, el nivel del agua en dichos dos recipientes variará, porque el líquido tenderá a subir en los demás; pero dicho nivel puede conservarse echando en B, C y D, bien agua hasta la misma altura, o bien otros líquidos en cantidad suficiente para ejercer la misma presión. Si estos líquidos son mercurio, aceite y ácido sulfúrico, del primero, que es 13.6 veces más pesado que el agua, echáramos en C, por ejemplo una cator-

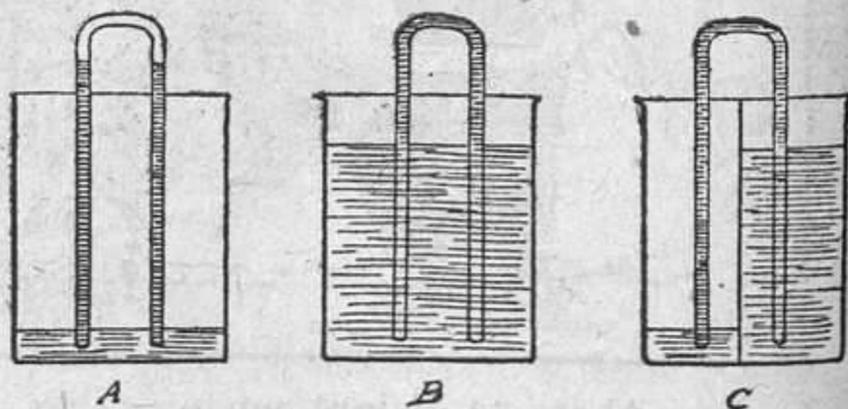


Columnas de varios líquidos de distintas densidades.

(A, E, de agua; B, de ácido sulfúrico; C, de mercurio; D, de aceite común.)

zanza en A y E, de aceite, siendo su peso igual a 92 por ciento comparado con el del agua, habría que llenar casi uno de los recipientes, mientras que de ácido sulfúrico habría que poner la mitad, puesto que pesa cerca de dos veces como la más universal de las bebidas. Puestos los líquidos en esta proporción, pueden abrirse las llaves sin que ninguno de ellos varíe de nivel, lo que demuestra que el equilibrio de las columnas de líquido se conservará mientras la altura de las mismas esté en razón inversa de su densidad.

Torricelli, discípulo de Galileo, demostró la presión de la atmósfera sobre los líquidos por un experimento que luego ha servido de principio para la construcción de los barómetros mercuriales. Si un tubo de vidrio, de un metro de largo y cerrado por un extremo, se llena casi por completo de mercurio, se tapa con el dedo y se invierte dentro de un vaso que contenga mercurio, al quitar el dedo, bajará la columna líquida encerrada en el tubo, pero sólo bajará un poco, por efecto de su peso, quedando muy por encima del mercurio del vaso. Por la ley de los vasos comunicantes, parece que el líquido debiera alcanzar el mismo nivel en am-



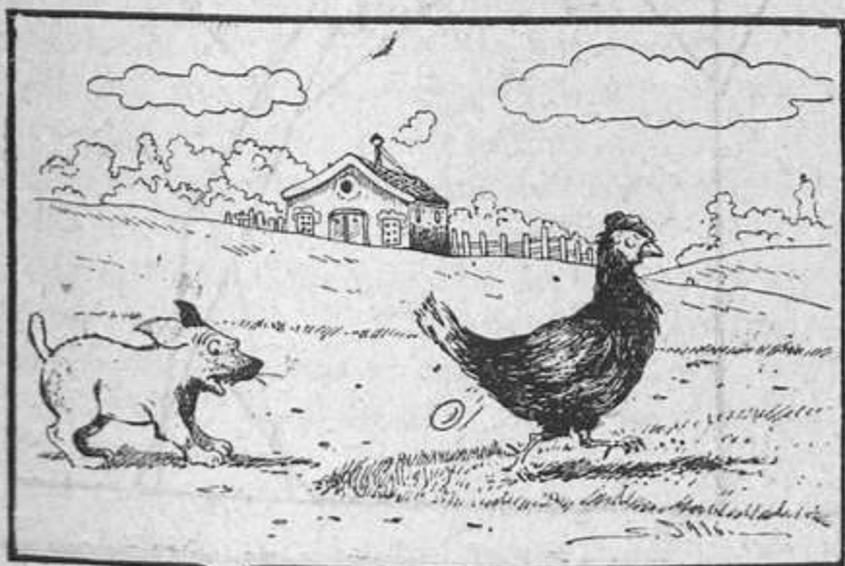
El principio del sifón.

bos recipientes; pero es que en el tubo, que está cerrado por arriba, no existe la presión atmosférica que obra sobre el contenido del vaso, o que es lo mismo; el mercurio del vaso, a más de su propio peso, tiene encima el del aire, mientras el del tubo no sufre los efectos de este peso; antes bien, experimenta por abajo parte de la presión que existe en el vaso, y de aquí que la altura a que queda la columna mercurial del tubo, sirva para medir la presión atmosférica, que es precisamente la misión del barómetro.

En este hecho se fundan los sifones. Supongamos que el tubo de mercurio, o de cualquier otro líquido, es doble, y entonces al sumergirlo en el vaso, ocurrirá lo que se ve en A en el tercer grabado. Si añadimos líquido al vaso, el peso del mismo líquido, más la presión del aire, harán subir la columna dentro del tubo, hasta llenarlo por completo, según aparece en B. Dividamos el vaso en dos partes, llenando una de líquido y dejando la otra casi vacía, como en C, y es natural que la mayor presión ejercida sobre el contenido del tubo por el lado más lleno, empujará el líquido hacia el más vacío, hasta que el nivel sea el mismo en ambos lados.

De aquí se sigue que la elevación a que puede llegar un líquido en el sifón, no podría exceder a la altura de la columna líquida cuyo peso esté compensado por la presión atmosférica.

EL PERRO HONRADO



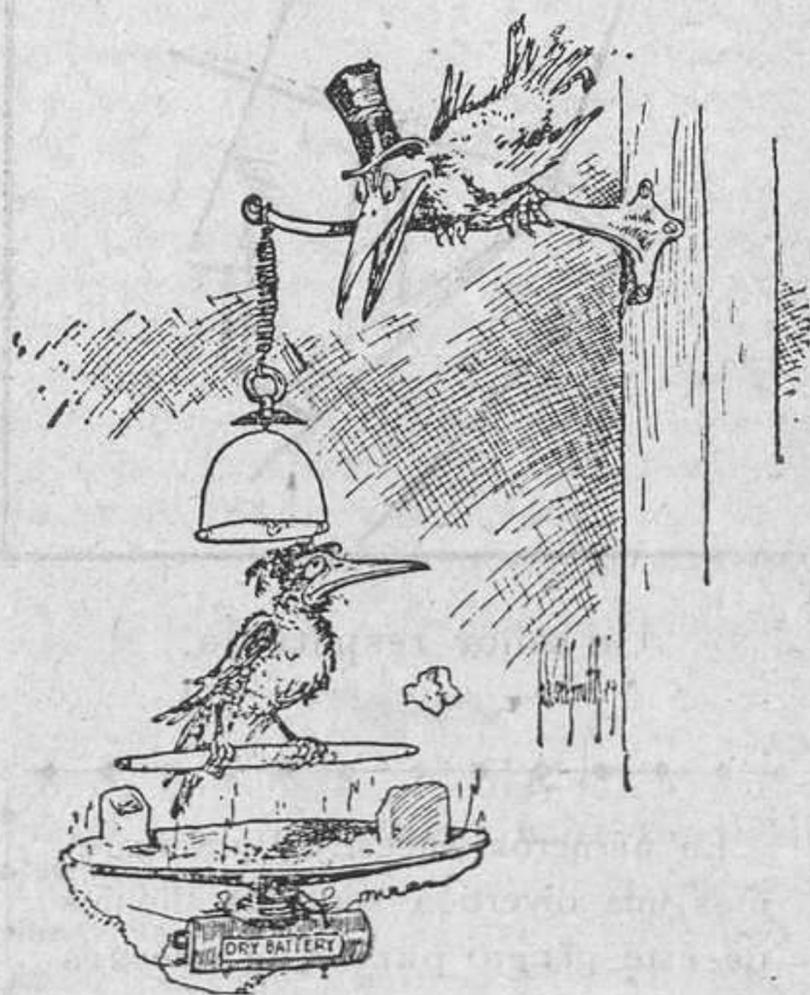
El perro.—¡Señora Gallina, señora Gallina, que se le pierde a usted una cosa!

LA PATA HALAGADA



La pata.—Siempre he admirado a los hombres altos.

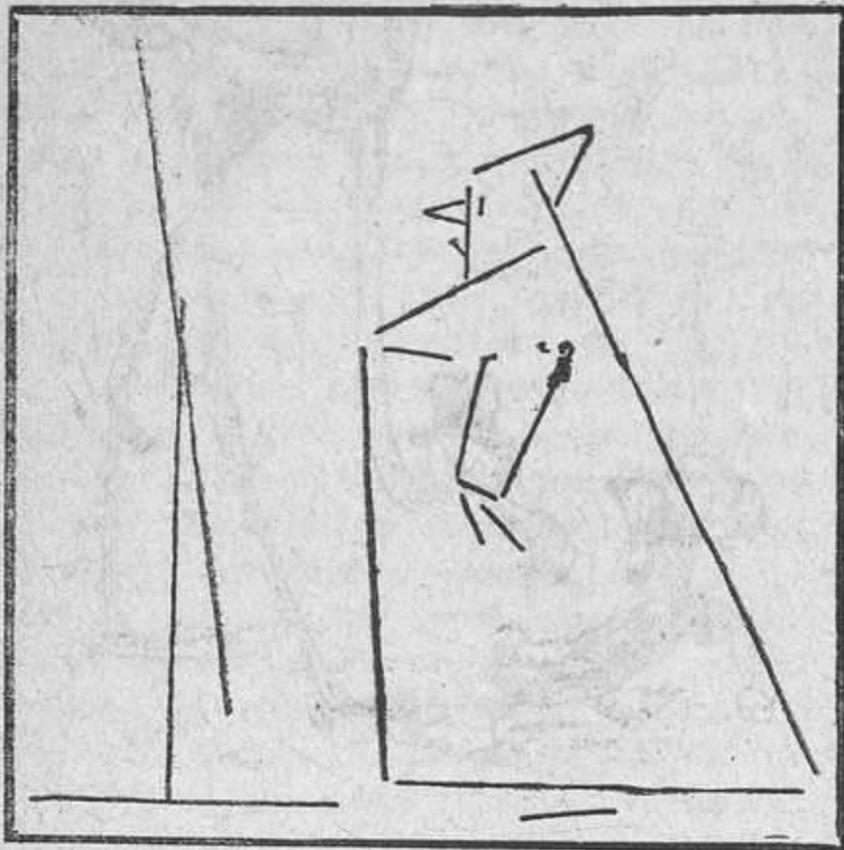
Progresos científicos.



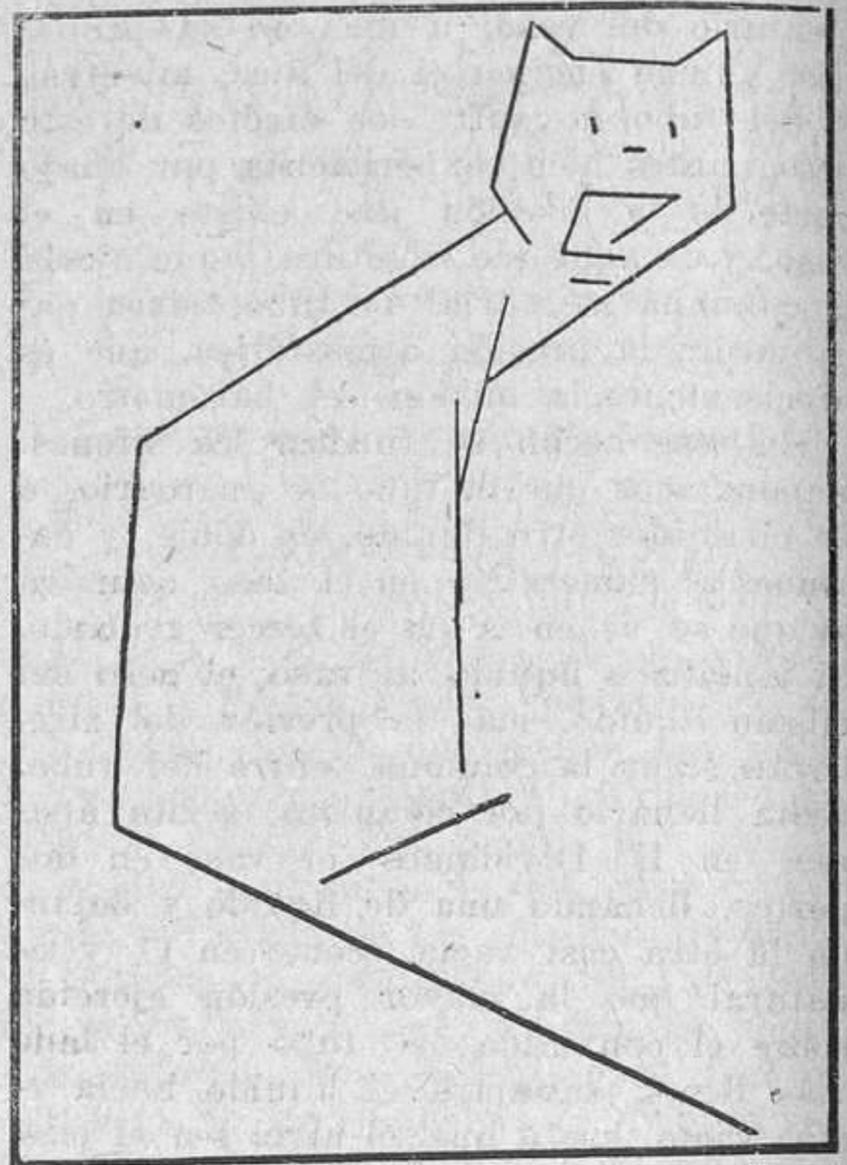
—Ven a volar conmigo.

—No puedo, estoy en una jaula sin alambres.

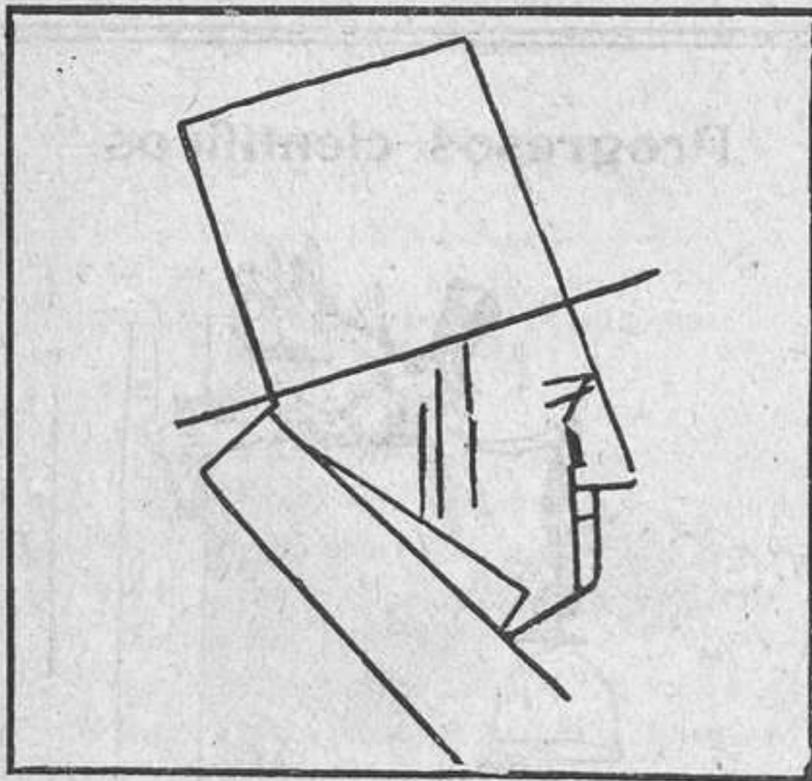
DIBUJOS CON LÍNEAS RECTAS



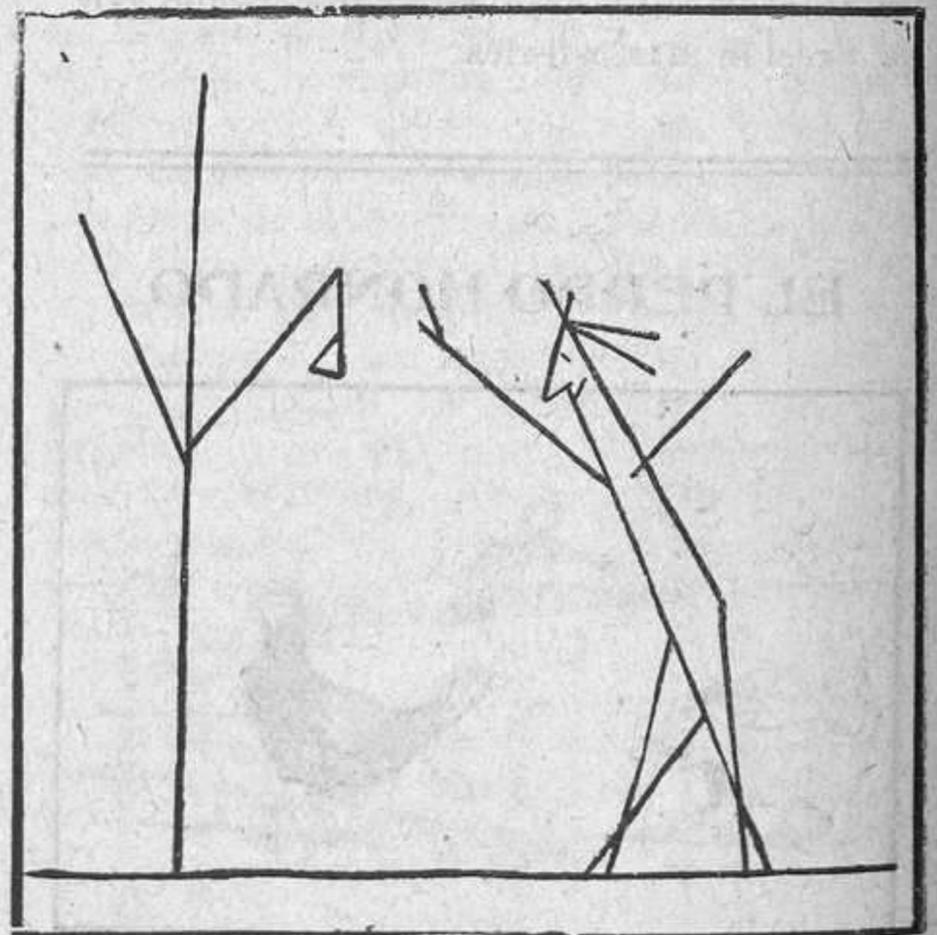
La dama del espejo.



Mi gato.



Un señor respetable.



Eva en el Paraíso.

En números sucesivos publicaremos una divertida serie de dibujos de este género para que nuestros lectores aprendan a dibujar con facilidad.



COLABORACIÓN INFANTIL

OIR EL BUEN CONSEJO

(CUENTO)

*Dedicado a mi inolvidable amigueta
María Luisa Fernández.*

Nada más pintoresco que las playas que se extienden en el Adriático.

Bañadas por las tranquilas olas y coronadas de un cielo siempre azul, parecen las cabañas de los pescadores que se encuentran salpicadas en las costas, innumerables barcos pintados de blanco, que no pueden mover las aguas del mar.

En una de estas casitas vivía el anciano Pedro en compañía de su hijo único, Luis, que apenas había salido de la niñez, y que sustentaba a su anciano padre con los productos de la pesca que hacía diariamente; porque Pedro había tenido que sufrir la amputación del brazo derecho a consecuencia de un fuerte golpe que recibió contra la quilla de un buque.

Una mañana, apenas apuntaba el día, se levantaron ambos, siguiendo su constante costumbre, y fueron a sentarse en una gran piedra, donde esperaba Pedro a su hijo hasta que regresaba de la pesquería.

La mar estaba en calma: apenas tenían movimiento las olas al resbalar sobre la húmeda arena; pero algunas nubes grises y bajas se veían aglomeradas al poniente, contrastando con el azul oscuro que prestaba el horizonte.

Desató Luis la amarra de su bote y fué, como todos los días, a abrazar a su padre antes de lanzarse al mar.

—¡Ah! Luis—le dijo éste—¿vas a tender las redes?

—Sí, padre mío—contestó—; está la mar serena y voy a terminar muy pronto.

—Hijo mío, medítalo antes. Esta calma me hace presentir grandes males; esas pesadas nubes que se aglomeran por Occidente son de mal agüero, y... mira, mira,

la mar adentro se va picando según se aproxima la salida del sol.

—No tema usted, padre mío: está serena y debo recoger las redes llenas en poco tiempo.

—No; tu pobre barca no es suficiente a resistir la marejada, ni tus débiles brazos bastante fuertes para sostener los remos contra la mar alta.

—No tenga usted cuidado.

—Luis, oye mis consejos: los consejos de un padre que siempre deben ser atendidos. No te lances hoy al mar; tenemos todavía para algunos días.

—Descuide usted, padre mío, que antes de tres horas estoy de vuelta.

Una lágrima rodó por la mejilla de Pedro al mismo tiempo que su hijo se deslizaba mar adentro en la barquilla. Una ola rompióse con fuerza a los pies de Pedro, que estaba inmóvil sobre la arena.

Media hora más tarde la mar se agitaba imponente; un ruido sordo y amenazador retumbaba en el interior del piélagos, y los golpes de las olas se sucedían con fuerza sobre la playa.

Pedro rezaba por su hijo, cuando alcanzaron sus ojos a divisar un bote que aparecía y desaparecía sucesivamente, amenazado de ser sumergido.

JOSÉ RODRÍGUEZ PABLOS

De la Sociedad Literaria de Granada.



NO FUMAR

Dedicado a Nicolás Wilke

Si meditamos y examinamos detenidamente lo que es un cigarro y en lo que el fumar consiste, venimos en conocimiento de que ambas cosas son dos solemnes tonterías.

Cuatro hojas de acre aroma y de sabor indigesto, artísticamente lidadas, o una pequeña dosis de picadillo del mismo ve-

getal, encerrado en un canuto de papel y a guisa de paquetillo de especias, he aquí lo que compone un cigarro.

Una docena, dos o tres de chupadas y la absorción de otra dosis mayor o menor de humo, con objeto de convertir la nariz en chimenea, he aquí a lo que se ha llamado fumar.

Esta costumbre, preciso es confesar que es altamente ridícula, pero no menos general, y por lo tanto, escasísimo el número de sus detractores.

Al hombre no fumador se le califica hoy injustamente de mal gusto, de hipócrita o de tonto.

Y vean ustedes lo que son las cosas, yo creo que el verdaderamente tonto es el que fuma, y mucho más desde que me he convencido de que hay hombres que lo mismo chupan un cigarro, que se chupan el dedo.

RAFAEL RODRÍGUEZ CEPEDA
(15 años.)

De la Sociedad *Literatura Infantil*.



LOS ANCIANOS

(A mis amigas literatas.)

—¿Por qué no vas a hacer compañía al abuelito un rato?—preguntaba doña Amalia a su hijita Clara, preciosa criatura de ocho años, y ésta le respondió con tono malhumorado.

—Porque estando a su lado me aburro mucho, siempre está con la cabeza baja y dice muchas tonterías, además que sus cuentos son siempre los mismos, el de “El ratoncito Pérez” y “Mariquita y Pepito”, nunca sale de esos; luego está siempre con sueño y de verle acabo por dormirme a su lado.

—Y ¿qué es lo que quieres que haga un ancianito a los ochenta y un años, Clarita? Comprende que no va ya a alternar en tus juegos, ni va a estar siempre de chirigota, porque los años, hija mía, no pasan en balde sino que dejan siempre señales de su paso. Si le hubieras visto a sus veinte años, cuando él era un arrogante militar, siempre alegre, ceremonioso y dicharachero...

—Pero dí, mamá, ¿Para qué sirven los viejos? Yo creo que no debiera haber viejos en el mundo.

—Los viejos Clarita, pueden servir para mucho; y para que comprendas esto, voy a explicártelo. Mira este libro de lá-

minas, fíjate en que es muy antiguo y las figuras que ves son de otras épocas que pasaron. Aquí tienes al general Castaños, que fué un bravo militar español y que la historia de España lo nombra con mucho respeto, fíjate en que es casi un anciano, y sin embargo a esas edad acometió empresas brillantes en su honrosa carrera.

—Este otro que ves representa a Campoamor. Este señor fué un gran poeta, escribió muchos versos para los niños, a los cuales quería con delirio. Dió muchos y sabios consejos, sus obras se conservan con gran estima; como ves es también un viejecito.

—Aquí representa esta lámina a Séneca, filósofo del tiempo de los romanos, escribió sus obras hace muchos cientos de años y a pesar de ello, todavía se estudian sus escritos en las Universidades de todo el mundo; también es un anciano.

—Este otro, representa a Cervantes, autor del más famoso y bello libro que se ha escrito, “Don Quijote de la Mancha”, el cual fué escrito cuando su autor comenzaba a encanecer, y así sucesivamente irían desfilando ante tus traviosos ojos, infinidad de figuras de nobilísimos ancianos que tuvieron mayor gloria cuando más blancas eran sus cabezas. También en los tiempos actuales hay cientos de ellos. ¿Comprendes ahora el que haya viejos muy útiles...?

—Sí, ahora lo sé, pero este abuelito mío es de los más sosos que he visto.

—Porque trabajó mucho, nena mía, en el mundo, tuvo muchos hijos, hizo por ellos muchos sacrificios para educarles e instruirles con objeto de que hoy fueran lo que son, ingenieros, abogados y militares. Honrosas carreras todas ellas, y ahora está su naturaleza muy resentida de tantos trabajos y fatigas, por eso está siempre sentado, tiene frío, se duerme sin sentirlo, como asimismo dice esas frases que a tí se te figuran tonterías y que no son sino sentencias que te dirige cuando haces alguna diablurilla, picaruela.

Y cogiendo de la mano a Clarita la condujo a la habitación en que el abuelito dormía, y lanzándose de un salto sobre sus rodillas cubrió de besos el rostro arrugado de su abuelito, el cual sonreía de verse tan inopinadamente asaltado por su nieta.

ANTONIO MARTÍN DE MARCOS



Entretencimientos.

COMPRIMIDOS

(Por J. PERIS Y V. ALBERT)

X X T 101 0
: T 1918
D MARIDO SIL
R I E G A
NOTA 1/2



PROBLEMA

(Por J. PERIS Y V. ALBERT)

X X X X X
 X X X X X
 X X X X X
 X X X X X
 X X X X X

Sustituir las aspas por cifras desde el 1 hasta el 5. para que horizontal, vertical y diagonalmente den siempre 15. No pudiendo haber ninguna cifra repetida en una misma fila.

ACRÓSTICO

(Por J. PERIS Y V. ALBERT)

0 0 0 0 I 0 0 0
 S 0 0 0 0 0 0 0 0
 L 0 0 0 0 0 0
 0 0 0 0 0 0 A 0 0 0
 0 0 0 0 0 0 S
 0 0 0 0 E 0 0
 0 0 0 0 U
 0 0 R 0 0
 O 0 0 0
 0 0 0 0 P 0 0 0 0
 O E 0 0 0 0 0
 O A 0
 O S 0 0 0 0 0 0



LOGOGRIFO NUMÉRICO

(Por J. PERIS Y V. ALBERT)

- 1 2 3 4 5 6 7 Animal.
- 2 3 6 4 3 7 Nombre de varón.
- 1 6 5 1 7 Espectáculo.
- 5 4 3 2 Anfibio.
- 4 5 2 Tiempo de verbo.
- 1 4 Letra.
- 3 Consonante.



TRIANGULO SILABICO

(Por J. PERIS Y V. ALBERT)

X X X X X X X X X
 X X X X X X
 X X X X
 X X

Sustituir las aspas por letras para que vertical y horizontalmente se lea: 1.º, nombre de varón: 2.º, pueblo de Murcia: 3.º, Tejido y el 4.º pronombre.

SOLUCIONES DE LOS PASATIEM-
POS PUBLICADOS EN EL NUM. 218.

De los comprimidos: LA JUNTA CON-
TESTA.

Del problema: $9 + \frac{9}{9} + 9 = 19$.

Del cuadrado:

C O C O
O C A S
C A P A
O S A R

De las charadas: SERAFÍN.—VAPOR.—
DEDO.—DIARIO.

Del logogrifo: ERNESTO.

De las charadas: PERO.—MARIPOSA.—
AMAR.—TERROR.



SOLUCIONES DE LOS PASATIEM-
POS PUBLICADOS EN EL NUM. 219.

De las charadas: ROMANONES.—CICE-
RONE.—CHCCOLATE.—AEROPLANO.

De los comprimidos: DOMINÓ.—NOENÚ.

Del rombo:

M
S A L
M A R I A
L I S
A

Del logogrifo: Palabra clave: VALE-
RIANO.

Del comprimido: POLINOMIO.

Del problema: EL NÚMERO 20.

Del rombo:

M
C E S
M E L O N
S O L
N

Del metragrama: COPA.—ROPA.—PO-
PA.—SOPA.—TOPA.

Del jeroglífico: CALÍGULA.



Han enviado soluciones de los pasa-
tiempos del núm. 217.

Rafaelita Paret, Madrid; Alfonso Ga-
lleis Daz, Ecija; Carlos, Antonio y Ma-
ría Josefa Rodríguez Valdés, Madrid.

Han enviado soluciones de los pasa-
tiempos del núm. 218.

Elisa Rubio, Madrid; Francisco Ar-
quero, Valladolid; Santiago Prado Ve-
lasco, Valladolid; Ezequiel Jaquete y Ra-
ma, Madrid; Adelino Dobao Lavín, Ma-
drid; Los hermanos Paquito, Manolita,
Pepito, Isabelita, Teresita y Amelia Ji-
ménez y Alvaro, Aceca; Carlos, Antonio
y María Josefa Rodríguez Valdés, Ma-
drid.

Han enviado soluciones de los pasa-
tiempos del núm. 219.

Antonio, Matilde y Manuel Sarria
Pastor, Madrid; Los hermanos Jiménez,
Aceca; Grupo Artístico-Literario español
y Francisco Arquero de Valladolid; Una
Monovera, Aceca;



Liga Postal

LISTA 133

Fernando Carvajal, Caspe, 70, Barce-
lona. Cambia vistas, tarjetas, postales,
sellos de diferentes naciones y cromos de
la guerra europea.

Luis Vigil García, Secretario-fundador
de la Sociedad "Literatura Infantil" de
Gijón, socio de la Sociedad "Club Colec-
cionista de Madrid, admite socios para
estas sociedades y desearía entablar co-
rrespondencia con jóvenes de ambos
sexos y aficionados a la literatura. Cam-
bia sellos y postales, Cura Sama, 6, Gi-
jón.

"Literatura Infantil" de Gijón. Admi-
te socios de ambos sexos. Desea represen-
tantes en toda España menos en Madrid,
Ciudad Real, Pontevedra y Cáceres que
ya tiene. Para informes dirigirse al Se-
cretario, Café de San Miguel, Gijón.

Francisco Baldó, Jabonería, 4, Cádiz.
Cambia postales de vistas con todo el
mundo (*sello lado vista*). Desea corres-
ponsales en todas las capitales de Espa-
ña y poblaciones de importancia. Res-
puesta segura.

Ramón Jurado, Jabonería, 4, Cádiz.
Cambia sellos de correo sobre hojas a es-
coger, base Ivert et Tellier, valor contra
valor. Todo el que le envíe 50 o 100 bue-
nos sellos de cualquier nación recibirá a
cambio igual valor y cantidad en sellos
de Marruecos.

Evaristo González, calle del Progreso,
35, Santa Cruz de Tenerife.

A los lectorcitos de **LOS MUCHACHOS**

No dejéis de recordar á vuestros papás ó á vuestros hermanos mayores que compren mañana lunes

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico, y además regala novelas ilustradas y publica problemas con valiosos regalos.

Precio del número 25 céntimos.

¡No olvidarlo! No es justo que mientras vosotros os entretenéis leyendo **LOS MUCHACHOS**, las personas mayores estén mirando las musarañas.

== GRAN ÉXITO ==

MUÑECOS RECORTABLES EN PAPEL

Mariquita y Mariquitina, Lola y Lolito, Leoncito y sus muñecos, Juanito y Juanitín, Marianito, Nicolasito, Eduardito, Federiquito, Guillermito, Napoleoncito, Jorgito, etc.

Remitiendo el cupón adjunto á las oficinas de **PIC-TORIAL REVIEW, Alcalá, 48, Madrid** y giro postal de una peseta se remite la colección certificada.

Cupón "Los Muchachos"
Al hacer el pedido debe acompañarse este cupón



Bebed Agua de MORATALIZ



Yo nunca creí que podría criar á mis hijos y desde que
bebo el AGUA DE MORATALIZ me siento fuerte y
capaz de criar á dos

DEPÓSITO CENTRAL:
Barquillo, 4, MADRID